

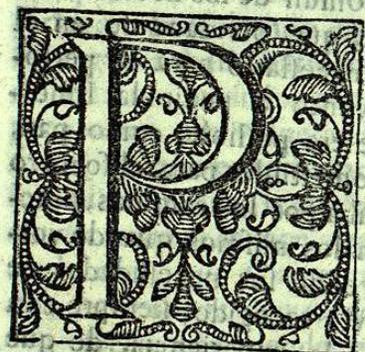
à desempeñar con heroica resolución la mas puntual, y admirable de los consejos; mas à hacer frente à los mismos impossibles. No havia para èl dificultades, ni peligros, siempre que se le interponia por motivo el amor de Dios. Los estanques elados, y los torrentes mas copiosos, à que solia arrojarle, hacian solo las veces de un ligerò rocío, que lexos de moderar sus ardores, encendian mas la fragua de su pecho. De este admirable principio provenia el andar casi siempre sumergida su alma en la mas profunda, y fervorosa contemplacion, à que seguian (à vueltas de los deliquios amorosos, que le hacian olvidar aun el uso precísso de los sentidos) las quejas de que no amaba à su Dios quanto debia.

Aquella santa abstraccion, junta al tosco disfraz con que procuraba ocultar siempre lo heroico de su espíritu, le hacia anhelar continuamente à su proprio desprecio, por medio del comun desaliño con que se presentaba, aun en las ocasiones en que era mas freqüente el concurso, y mayor la publicidad. Entrò cierta vez con aquel su acostumbrado desaseo en la Ciudad de Tlaxcala, y llegando à la puerta de una de sus Casas à pedir limosna; una niña de ella, que lo viò, echò à correr gritando: *El Frayle Loco, el Frayle Loco*; lo que oido por la Madre, y advirtiendo, que se dirigia à Aparicio aquel baldon, indignada contra ella diò señas de quererla castigar; mas aplacòla el Siervo de Dios diciendole: *Dexadla, que tiene razon; porque si yo no fuera Loco, amara mucho à Dios.*

De esta suerte se expressaba, sin haverse dado por satisfecho su amor al mismo Señor con todo quanto por èl havia obrado desde la edad de ocho años,

años, hasta los últimos instantes de su vida, como lo diò à entender una hora antes de morir, en que dixo à su Guardian: *Que amaba tanto à Dios, y havia deseado amarlo tanto, que si se ofreciera ocasion, y convinieste assi à su honra, y gloria, moriría mil muertes por èl, y que solo por el amor de Dios havia maltratado su cuerpo noventa años.*

CAPITULO IV.

De su Charidad con los Proximos.

DOCO le parecia al amor con que atendia à sus Proximos Aparicio el igualarlos en la atencion à sus alivios à sí mismo; y assi se sujetaba de buena gana à las estrechezas, con tal que lograsen aquellos los mayores en sus necesidades. En orden à este fin empleò su zelo todo su corazon, y con èl las manos, la lengua, la hacienda, el decoro, y la misma vida; y en lo que no era possible à sus facultades, llegó à empennar tambien, como hemos visto, la misma Omnipotencia. Lo cierto es, que para haver de historiar completamente los admirables acacimientos de la generosidad de su beneficencia, de su incomparable charidad, y de su compassion (en atencion à no haberle

versele presentado ocasion; que mirasse à aquel objeto, que no abrazasse) sería preciso formar el cómputo de los años, y tal vez de los meses, y aun de los dias que vivió, de los Lugares por donde anduvo, y de los varios estados, y ocupaciones que mudò.

En lo poco que dexamos dicho en el Libro primero, sobra motivo para venir en conocimiento de que en la dilatada carrera de su vida en el siglo solo deseò adquirir, para tener que dar; no habiendo sido otra cosa todas sus sollicitudes, y sudores, que una víctima gustosa de la pobreza, y aun despues de Religioso supò arbitrar el modo su ingeniosa charidad, con que hacer del mismo Monasterio, y Casa de los pobres la despenfa comun de los necesitados.

Era cosa admirable, que olvidandose en el todo de la provision de lo necesario para su persona quando salia del Convento à pedir la limosna, sacaba de él quanto le era possible, como pan, y carne, y algunos otros comestibles para el socorro de los pobres, que encontraba por los caminos, practicando igual franqueza con los mismos quando volvía al Convento, y proveyendo sus necesidades de la propria limosna, que havia recogido; siempre con el seguro, que le afianzaba la experiencia, de que aquella crecía à proporcion que su charidad la despenfaba.

Quando llegaba alguno à pedirle por amor de Dios, y se hallaba sin otra provision, le alargaba el Manto, el Sombrero, la Cuerda, y algunas veces aun el Hábito mismo, volviendo desnudo al Convento; pero de lo mas gozoso al verse allí saqueado de la agena necesidad: y reprehendiendole el Guardian

dian en tales ocasiones, le respondía: *Andad, Hermano: por Dios lo di à quien tenía mas necesidad, que yo; que para mi como quiera basta.* De los terminos regulares de la reprehension pasó aquel à comminarle, si no protestaba la emmienda, con el castigo; mas él le respondió risueño: *En verdad, que aunque me den cien azotes no dexaré de dar por amor de Dios lo que me pidieren.*

A vista de esta disposicion de sus fervores echò mano el Prelado de la mas poderosa arma de la obediencia, ordenandole en virtud de formal precepto, no se dexasse transportar de allí en adelante de semejante exceso. Hirió aquel en lo mas vivo del corazon de Sebastian, pareciendole à su innata compassion, no solo duro; sino casi impossible de observar: y consultando en medio de la amargura de su angustia à su charidad, le fugió la ingeniosidad de ésta un arbitrio, con que satisfacer aquella su propension, sin vulnerar los fueros del precepto; y fuè el de que encontrándose con algun pobre, que le pedia limosna, le decía: *Hermano, mi Guardian me ha mandado por santa obediencia, que no de nada de lo que traigo; mas si vos me lo quitades, havriamos cumplido ambos nuestros deseos.* Y con efecto, advirtiendo en cierta ocasion un pobre esta disposicion de su ánimo, le quitò el Manto. Fuese sin él al Convento Aparicio muy consolado; y haciendole cargo el Guardian de la obediencia intimada, le respondió el Santo Viejo: *Si como me pusierades al pobre, que me lo quitò, yo huviera traído Manto.*

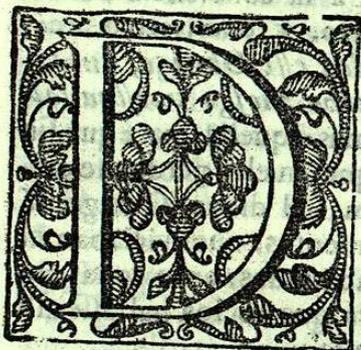
Alguna vez, que solía no tener lo que le pedían

dian los necesitados, ocurría él à pedirlo al Cielo; y huyo ocasion, en que oyendo este su súplica, le remitió por mano de un Angel una Cesta de pan caliente, para remedio de la necesidad de un pobre en Huexotzinco, aunque lo comun era consolarlos con palabras dulcíssimas, y explicar con tierníssimas lágrymas, quanto le penetraba su compassion.

Impaciente su charidad, del alivio de los pobres passaba à la atencion de los enfermos, visitandolos, y llevandoles por lo comun entre sus socorros el mas apetecible de la salud, que en nombre de Jesu-Christo Crucificado repartía à quantos la necesitaban; usando para ello, como de instrumento, de la misma Cuerda que ceñía: verdad, que certificò su acostumbra da sencillez en el siguiente lance.

Pidiòle el R. P. Fr. Juan de Santa Anna, al terminar la session, que hemos referido en el Capitulo primero de este Libro, una Cuerda, en demostracion de la veneracion con que le miraba; y alargandole al punto Aparicio la que tenia puesta, le dixo: *Mirad poca ropa, estas Cuerdas gordas las habeis de estimar mucho; porque son las que hacen los milagros.* Y preguntandole aquel, ¿como los hacian? le respondió: *El otro dia sanè con una de ellas à un Alguacil; porque llegando yo à pedir limosna à una Estancia, estaba él allí ahogandose de una esquilencia, que no podia tragar la saliva: pidiòme, que le pusiese la Cuerda en la gárganta; yo se la puse; diciendole: Vos de hurtar estais malo, sed bueno, y luego sanò; y de allí à poco rato se levantò, y comía como un Lobo:* Por lo que havia passado ya en proverbio, ser la Cuerda de Aparicio el sánalo todo de las Ciudades, Villas, y Lugares por donde transitaba. CA-

CAPITULO V.

Del su zelo de la honra de Dios, y bien espiritual de los Proximos.

EL reparo de los del cuerpo passaba à remediar su charidad, y con tanto mayor zelo, quanto le eran mas sensibles, que los de aquel, los daños del espíritu. No solo no consentia, que se dixesse mal de alguno de sus Proximos en su presencia; sino que aun sus defectos hallaban siempre en su boca alguna escusa, sin que jamás huviesse formado siniestro juicio de ellos por sospechosas que fuesen sus acciones. Haviendole noticiado, que havia diversas mugeres en la Ciudad expuestas à ofender à Dios con el pretexto de su miseria, les agenciò su charidad limosnas competentes con que pudiesen vivir libres de aquel peligro.

Mas quando le eran à él notorias las dichas ofensas, jamás dexaba su zelo, sin atencion à respetos humanos, de corregirlas; passando por las incomodidades, y desabrimientos, que solia traerle la eficacia de su fervor, con tal que consiguiesse el arrepentimiento, y con él el propósito de que no profiguiesse Dios à ser ofendido. Varios fueron los lances en que manifestó la heroicidad de aquel su zelo; de

de ellos referirèmos solamente los que se figuen.

Havia una Señora rica, y especial Bienhechora del Venerable en la Ciudad de Cholula, la qual contaba con un Obrage de paños que tenia, como con el primer Capital de sus commodidades; pero observando Aparicio algunos abusos, que lo hacian gravemente perjudicial à la conciencia de dicha Señora, encendido en zelo, y charitativo afecto, le dixo: *Hermana, vended esse Obrage, que tenéis; porque si no, corre mucho riesgo vuestra salvacion.* No hubo menester mas aquella, para que sin detenerse en los intereses, que en ello perdia, se deshiciese sin la menor dilacion del dicho Obrage. Y porque uno de los inconvenientes, que viciaban el trato, era el tener Indios encerrados, ante todas cosas les diò puerta franca para que no los hallasse alli el possedor, que le succediesse.

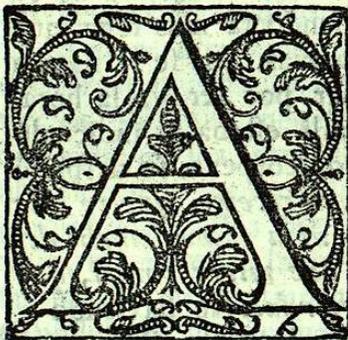
Caminando cierta ocasion con un Compañero Siervo de Dios, y escrupuloso, les cogiò en el camino, y ya entrada la noche, una tan grande tempestad, que los obligò à ampararse de la Casa de un amigo del Venerable, en la que les hicieron grato hospedage. Havia en la misma Casa ciertas personas notadas de poco honestas; y no habiendo faltado quien se lo noticiasse al Compañero, se quexò este con Aparicio al otro dia de haverle llevado à parage donde se hallaba tan desacreditada la Castidad. A que respondiò el Santo Varon: *Hermano, no he tenido noticia de esso; y assi no tenéis que culparme; pero poco serà el tiempo que estemos aqui, pues no ha de durar mas, que mientras requerimos las labranzas, que estan al derredor.* Partiòse al punto à recoger un poco de maiz, que en ellas le

le havian prometido; y confirmandole en una la verdad de lo que el Compañero le havia dicho, vuelto à la Casa del amigo para seguir su viage, le dixo: *Hermano, ya sabeis la llaneza con que os trato, y visito, y que no cuido sino de recoger la limosna, que me haceis; pero no quiera Dios, que yo coma en Casa donde su Divina Magestad no es servido en todo.* Y emprendiendo la mas fuga, que partida, negandose à las instancias, que se le hacian de que se detuviesse à comer por ser ya la hora, vuelto à un Mancebo, que alli estaba, y indiciado de complicidad en la noticiada torpeza, se despidiò de èl, diciendole: *Hermano, pareceme, que te vas el rio abaxo tu, poco à poco àcia el mar ancho del abysmo: por amor de Dios, que mires por ti, que es gran lástima, que te pierdas.* No habiendo vuelto à entrar jamás en la dicha Casa, aunque repitiò muchos viages por el mismo camino.



CAPITULO VI.

De la Prudencia que manifestó en todas las acciones de su vida.



QUEL hábito laudable, que llamamos prudencia, que eleva, y dirige al alvedrio en orden al bien, que se ha de elegir, ò al mal, que debemos evitar, lo poseyò Aparicio tan à la perfeccion, que mas que adquirido, parece lo infundiò en su entendimiento desde su puericia aquel mismo Señor, que tomò à quènta de su particular Providencia el magisterio de su vida espiritual. Lo cierto es, que el haver consumado el curso de noventa y ocho años, no solo sin caer; pero aun sin tropezar en tanta variedad de destinos, y profesiones, prueba la assiduidad, con que consultaba en cada uno de los lances, que aquellos le ofrecian, à una mas que regular y comun, heroica prudencia.

Es verdad, que fuè genial en 'èl la sencillez; pero en los mismos medios, con que conducia sus acciones, daba à entender tambien, que obraba siempre de concierto con la gracia. La prueba mas evidente de esta verdad son todas, y cada una de las empresas de su admirable vida, en que no dexò pasar momento, que no lo empleasse en servicio de Dios,

Dios, beneficio del Proximo, y aprovechamiento en la virtud, hasta saber proporcionar los medios para tocar en la práctica de cada una lo mas sublime.

Esto se hará mas claro, si fixando las épocas de su vida; en su fuga de Salamanca, renuncia de sus bienes para emprender la vida religiosa, y en la profession de ésta hasta su muerte, se registra cada una de las heroicas acciones, que intermedian. En ellas hallará materia la mas bien arreglada discrecion, para formar la idea de los aciertos de una prudencia grande à lo del Cielo. Débase à la memoria de los Lectores esta análisis. Pero no sé que impulso me violenta la pluma à no omitir la de que se valió aquella para llevar su virginal pureza hasta los terminos mas admirables del heroísmo.

La pureza virginal fuè entre todas las virtudes de Aparicio (si me es lícito expreßarme de este modo) la favorecida. Por ella, y por su guarda renunciò conveniencias, emprendiò fugas, sacrificò las prácticas mas austèras de su vida. Aquella maceracion continua de su carne, sus frequentes vigiliass, sus jamàs interrumpidas penitencias, el todo, en una palabra, de su mortificacion, fueron otros tantos pregoneros de su indecible amor à la pureza.

El Cielo, que miraba por su parte tan puntual correspondencia à sus auxilios, se los franqueaba continuamente mas abundantes, y mayores; y èl que se hallò tanto mas encendido en el amor à aquella su dilectissima virtud, quanto eran mas poderosas las assistencias de la gracia, se resolviò à practicar el medio indispensable para guardarla en el grado mas heroico, à que puede llegar aquella, que es el conjugal, à contraher una y otra vez matrimonio,

con

con las circunstancias capaces de fomentar sus santos propósitos, que ya dexamos dichas.

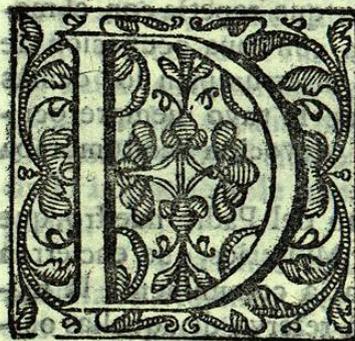
Si huvieran sido los intentos de Sebastian elegir aquel estado como medio para la simple guarda de la castidad; mas que de imprudentísima, se debería graduar la accion por produccion de un infensato, ó de un hombre à quien le faltasse ya del todo el juicio, por adoptar assi una práctica, no solo inconducente, pero del todo opuesta al dicho fin. Mas impeliendole su amor à observarla en el grado mas sublime, qual era el conjugal; y siendo absolutamente impossible su observancia, sin que llegasse à contraher matrimonio, no solo fuè prudentísimo, sino indispensablemente necesario aquel estado, para hacer su resolucion tanto mas heroica, quanto era mas visible aquella su arduidad.

Todo esto era bien obvio à aquel admirable fondo de Sabiduria, que en él havia depositado el Cielo, y que manifestaba, quando lo juzgaba necesario su prudencia, de que lograron ser oyentes en repetidas ocasiones los RR. PP. Fr. Juan de Santa Anna, Fr. Pedro de Espinosa, y Fr. Mathèo Cervantes, aquellos de la Descalcez, y este Observante, y todos tres acreditados en virtud, y letras: los que embargados de la admiracion de escuchar de su boca los mayores arcanos de la mas profunda Theologia, no hallando voces adecuadas, con que explicar su estrañez, lo hacian con el dialecto de los asombros: y en efecto, habiendo llegado el caso de exponer su dictamen el primero, acerca de las virtudes del Venerable, declaró en términos formales en el processo Apostólico: *Que havia ballado en Fr. Sebastian de Aparicio la vida mas pura, mas pe-*

ni-

nitente, y mas santa, que podia significar con palabras. Y en mi sentir, qualesquiera se deberán reputar siempre por muy cortas para expressar sola la heroicidad de su prudencia.

CAPITULO VII.

De su singularísima Devocion.

DESDE sus tiernos años manifestó Aparicio la elevacion de su espíritu à Dios por medio de su piadoso, y humilde afecto, sostenido de la práctica de su fe, esperanza, y charidad, en que consiste la devocion: y teniendo esta su mayor fomento, assi en la oracion vocal, como en la meditacion, y contemplacion, por el exercicio de estas se deberá graduar lo fervoroso, y encendido de aquella. No sabemos à punto fixo quando comenzó à exercitarse en una, y otras; pero estando assegurados de sus victorias contra las mas peligrosas, y repetidas tentaciones, que dexamos referidas, aun desde Joven, igualmente nos debemos persuadir à que se aplicò à su práctica desde muy temprano.

Aquella su regla de oro de no perder à Dios de vista en quanto obraba, que declaró ya en su

O

an-